

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA

COLECCION DE FOLKLORE

CAPITAL FEDERAL

17

Maestro INÉS M^o. GOUGH Escuela Nº 1 -C.F.7

Fojas 11

OBSERVACIONES

Localidad: Capital Federal
Escuela Comasa de la Quintana de Escalada
Superior N°1 C. E. 7

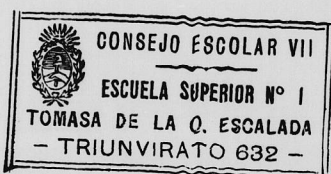
LA LEYENDA DE

"CASA BAMBÁ"

Ynis Mc Gough

Refrida por el Sr. Clemente Conelli

LA LEYENDA DE CASA BAMBÁ



En el centro de un enorme anfiteatro formado por las ciclopeas masas de las sierras, que parecen gigantescos guardianes de el lugar donde se desarrollara la acción de un drama de amor y salvajismo, se vé aun una profunda gruta cuya entrada ha casi desaparecido cubierta por las trepadoras que la festonan y oculta por los cactus que con sus ramas y hojas espinosas y amenazadoras parecen querer amedrentar al que trata de penetrar en la semi obscuridad del interior donde, aun se ven, o los ojos soñadores creen ver, restos que señalan la verdad de la leyenda.

Hace ya: muchos años un negro, como casi todos los de su raza de gigantesca talla, carne de ébano, labios

rojos y sensuales que se entreabrían dejando ver los blanquí-
simos dientes, cabeza ^{cañuto} de motas renegridas y ojos que por momen-
tos parecían dos carbones encendidos y por momentos perdiendo
todo su fuego tenían toda la vaguedad de los ojos del soñador;
vivía en esas sierras.

Una noche, en que, como de costumbre ha-
bía bajado al llano en una de sus misteriosas correrías de
las que siempre volvía triste y cabizbajo y con ojos carga-
dos de vagos ensueños, no volvió solo. En sus brazos se agi-
taba algo, indeterminada sombra, de la cual para testimoniar
su tangible existencia, salían de vez en cuando ya sollozos
contenidos, ya ayes de dolor, ya pedidos de auxilio y por úl-
timo en un supremo esfuerzo un grito casi salvaje que fué cor-
tando el aire y quebrándose y repitiéndose una y mil veces en
las paredes petreas e incommovibles.

Y el negro seguía su camino sin parecer
molestarse e impidiendo con la fuerza de sus hercúleos bra-
zos de ebano los movimientos de la prisionera.

En el momento en que iba a depositar su carga sobre el suelo a la entrada de la gruta un argentino rayo de luna blanco y suave como una caricia vino a iluminar la escena.

De aquella sombra blanca se destacó entonces un manto de oro que cubria su cabeza y caia sobre los hombros deslizándose acariciante hasta la cintura y velando por completo el rostro que se inclinaba hacia la tierra. Erán los cabellos rubios de la blanca entre cuyas hebras habia quedado aprisionada el alma del negro.

Cubria su cuerpo algo que parecia una larga túnica que dejaba al descubierto sus brazos blancos ahora a la luz de la luna con la blancura del jazmin y del azahar.

De pronto con un movimiento casi convulsivo la nivea figura se irguió y levantando sus ojos que en la palidez de marmol del rostro parecian dos profundos y tranquilos lagos, pareció suplicar a la luna, su amiga y confidente tal vez de otras veces, ayuda en su dolor.

Y la luna, como un símbolo de la esperanza que se estrella contra las rocas, fue a esconderse detrás de una de ellas cubriendo al anfiteatro, a la niña blanca y rubia y al negro Bamba en casi completa oscuridad.

El sol fue pintando con tintes sonrosados los picos mas elevados de la serranía y descendiendo poco a poco haciendo huir las sombras, hasta iluminar el interior de aquella especie de quebrada que la caprichosa naturaleza había formado. Sentado frente a la puerta de su gruta ante un fuego del cual se elevaba una espesa columna de humo que se diseminaba al llegar a las alturas, el negro Bamba parecía pensativo.

Cavilaba talvez como había de dejar a la prisionera para ir a buscar su alimento.

De pronto un ronco graznido lo despertó de su ensimismamiento. Volando sobre su cabeza pasó el con-

dor, viejo morador de aquellas sierras y amigo del negro.

Con que misterioso lenguaje habló el Bambo, como consiguió la ayuda del rey de la montaña?

La leyenda no lo refiere, pero desde ese momento, todos los días el condor lanzando gritos de alegría talvez, o de guerra, volaba hasta la cúpula de la catedral de Córdoba, se posaba en su punto mas alto y desde allí con las alas extendidas pronto para el vuelo miraba los rebaños que pacían tranquilamente en el llano.

Sus ojos acostumbrados a las enormes distancias elegían desde allí a la presa,, un chivito o un pequeño cordero y cayendo de improviso sobre los aterrados animales se apoderaba de ella llevándola en sus garras hasta la cumbre y depositándola por fin, muerta ya a la puerta de la gauta a los pies de Bambo.

Y así el negro, vivía guardando celosamente a su prisionera a quien desde aquella noche en que pidiera auxilio a la luna, nadie había vuelto a ver.

Y transcurrieron unos años sin que nada vieran a cambiar la situación de los tres personajes, el negro Bamba, su blanca prisionera y su amigo el viejo señor de la montaña.

Un día, hace de estos unos 35 años, las rocas temblaron de pronto, estampidos horribles atronaban los aires, mientras que los pájaros moradores de las cumbres y las quebradas lanzaban estridentes y desgarradores gritos levantando su vuelo y obscureciendo el sol.

Bamba que como siempre esperaba a la entrada de la gruta la llegada de su alado amigo se puso de pie mirando espantado a su alrededor, creyendo talvez llegado el último momento de su vida, o era que creía venían rompiendo las rocas para llegar hasta él y robarle su blanca prisionera?

Eso debió ser lo que pasó por su mente en-

loquecida ya por los atronadores estampidos. Corrió presuroso, casi estrellándose contra las rocas, desgarrándose las carnes en los espinosos cactus y en las afiladas piedras, hasta la parte mas alta de la sierra desde donde se dominaba el llano y vió que los hombres blancos llegaban, que colocaban sobre las roca lo que parecia un reguero de tierra negra que encendia unas de las pequeñas maderitas que les habia visto usar en lugar de la piedra para producir fuego, y que huian luego al parecer desfavoridos.

De pronto un estampido mas fuerte que los primeros conmovió el aire mientras que toda la sierra tembló desde su base a la cumbre arrojando a Bamba violentamente contra el suelo.

Cuando pudo ponerse de pié ya no le cupo duda venian a robarla, habian descubierto su escondrijo pero todavia habia una salvación.

Corrió hacia la gruta tiñendo al pasar las peñas con su sangre, y dando gritos salvajes penetró

en ella.

Cuando volvió a aparecer traía en sus brazos a la misma forma que ellos sostenían en aquella memorable noche.

Subió lentamente y cargado con su precioso fardo, la ladera de la sierra opuesta a aquella desde cuya cumbre había visto a los blancos.

A cada nuevo estampido un estremecimiento recorría el cuerpo de la prisionera y Bamba apresuraba su paso.

Por fin llegaron a la cumbre. Bamba lanza un grito salvaje, levantó en alto el cuerpo de la joven y mientras un grito más desgarrador y salvaje cortaba el aire lo dejó caer.

Allá en el fondo de la quebrada casi, corre presuroso y murmurador un río que recibió en su seno los despojos inanimados de la cristiana sellando para siempre sus labios que no se habían abierto desde la noche fatal en que Bamba la robó, y el negro viendo a

las aguas cerrarse sobre el escultural cuerpo de su cautiva se alejó lanzando gritos de dolor que casi parecían aullidos de un animal herido y desapareció para siempre de la sierra.

Y cuando cesaron los estampidos, se oyó por muchos días en el anfiteatro de la gruta algo así como el golpear de hierro sobre hierro y por fin un día un animal enorme comenzó a subir la sierra, un animal que rugía, echaba humo por sus fauces y cuyos dos enormes ojos brillaban en la oscuridad.

La civilización había vencido a la barbarie, el ferrocarril venía trayendo a aquellas desoladas sierras el primer eslabón de la cadena que había de unir las al mundo civilizado.

Y en la puerta de la gruta de Bamba crecieron los cactus para guardarla del blanco que todo los escudriña y entre sus espinosas hojas brilla la blanca pura y sin mácula de sus flores como un símbolo eter-

no, puesto que se renueva, de la blancura y pureza del alma de la cautiva.

Esas es la leyenda que encierran los caracteres blancos que en el letrero azul de una pequeña estación de las afueras de Córdoba dicen "Casa Bamba."

- -